



¿QUÉ TANTO SABE LA LITERATURA DEL MUNDO VITAL? SOBRE EL VALOR
COGNITIVO Y POETOLÓGICO DE LA LITERATURA EN LA ESTELA DE LA
NOCIÓN DE *LEBENSWELT*

HOW MUCH DOES LITERATURE KNOW ABOUT THE LIFEWORLD? ON THE COGNITIVE AND POETOLOGICAL VALUE OF LITERATURE IN THE WAKE OF THE CONCEPT OF *LEBENSWELT*

Gerardo Argüelles Fernández

Universidad Autónoma de Querétaro
gerardo.arguelles@uaq.edu.mx
ORCID: 0000-0002-2728-5822

17

RESUMEN

ABSTRACT

Con fundamento en la amplia hipótesis sobre el valor cognitivo de la ficción, en esta contribución exploro el contexto de la pregunta sobre la vigencia de los fundamentos fenomenológicos y hermenéutico-poetológicos que acuden como suministros teóricos para el análisis literario. En ese orden, expongo la plusvalía de ciertos rasgos de aquella teoría hermenéutica immanente que permite indagar en la edificación cognitivo-fenomenológica de mundos vitales a partir de la riqueza semántica de la noción de *Lebenswelt* en el énfasis husserliano. El procedimiento metodológico de este artículo descansa sobre la vinculación epistémica entre el carácter fenomenológico cuasi-juicial de la literatura y ciertos postulados provenientes de las ciencias cognitivas que recientemente dialogan con los estudios literarios. Para ello, exploro el marco teórico en torno a la noción del sustantivo «saber», la cual se distingue de «creer» y «conocer», en aras de conseguir un objetivo específico: vindicar con teoría fenomenológica y poetológica el valor cognitivo de la ficción literaria y demostrar la viabilidad y riqueza epistémica que ofrece el concepto de *Lebenswelt* tras su arribo a los estudios de estética y poética.

Grounded in the broad hypothesis concerning the cognitive value of fiction, this article explores the context of the question regarding the continued relevance of phenomenological and hermeneutic-poetological foundations that serve as theoretical resources for literary analysis. In this sense, we present the added value of certain features of an immanent hermeneutic theory that makes it possible to inquire into the cognitive-phenomenological construction of lifeworlds, drawing on the semantic richness of the notion *Lebenswelt* as emphasized by Husserl. Our method follows the epistemic linkage between the quasi-judgmental phenomenological character of literature and a set of postulates drawn from the cognitive sciences, which have recently entered into dialogue with literary studies. To this end, this article examines the theoretical framework surrounding the Spanish noun *saber* («to know»), understood in distinction from *creer* («to believe») and *conocer* («to be acquainted with»), with a specific aim: to vindicate, through phenomenological and poetological theory, the cognitive value of literary fiction, and to demonstrate the epistemic richness and viability offered by the concept of *Lebenswelt* following its incorporation into aesthetic and poetic studies.

Palabras clave

Keywords

Cognición | Ficción | Hermenéutica | *Lebenswelt* | Poetología |

Cognition | Fiction | Hermeneutics | *Lebenswelt* | Poetology |

1. PLANTEAMIENTO, ANTECEDENTES Y ENFOQUE

*Autumn passed thus. I saw, with surprise and grief, the leaves decay and fall, and nature again assume the barren and bleak appearance it had worn when I first beheld the woods and the lovely moon. Yet I did not heed the bleakness of the weather; I was better fitted by my conformation for the endurance of cold than heat. But my chief delights were the sights of the flowers, the birds, and all the gay apparel of summer; when those deserted me, I turned with more attention toward the cottagers (Mary W. Shelley, *Frankenstein*)¹*

18

En esta contribución ofrezco algunas respuestas a una pregunta que indaga en la riqueza teórica subyacente entre el tentativo valor cognitivo de la literatura y su vínculo epistémico con ciertas nociones ceñidas a un orden categorial fenomenológico. El punto de partida reside en formular la cuestión respecto a qué tanto del mundo-de-la-vida, en su índole como *Lebenswelt*² (Husserl, 1976a), «sabe» la literatura, si además por «mundo vital» provisionalmente se comprende nuestra noción más elemental y confiable de éste (Fuchs, 2015: 101-117) desde el suelo y horizonte donde se gestan las evidencias primigenias de nuestra vida natural y práctica (Husserl, 1976a: 126; 130; 387; 453); todo ello en un acontecer previo a su auscultación y dictamen emprendidos por la ciencia. Acudir a este concepto de *Lebenswelt* me resulta útil para la postulación de una adecuada analogía con el medio ambiente no literario en contraste con la realidad óptica que se resguarda en el archivo intersubjetivo de nuestro acontecer físico e histórico (Argüelles, 2021: 66-90), resultante además de una exitosa precomprensión de la existencia omnipresente y vinculante del mundo (Husserl, 2008: 26).

Con lo anterior, pretendo mostrar, por una parte, algunas reflexiones respecto al desempeño estético del discurso literario donde normalmente se exponen, describen y nombran personas, cosas y estados de cosas remittentes siempre a un reservorio universal preexistente o, en su defecto, de algún modo reimaginado, lo cual se asocia de nueva cuenta con la noción

¹ Véase la versión en castellano de este fragmento de la autoría de David Rodolfo Areyza Santana (2025): "El otoño pasó así. Observé, con sorpresa y dolor, las hojas marchitarse y caer, y a la naturaleza recobrar el estéril y sombrío aspecto que había vestido cuando contemplé por primera vez los bosques y la hermosa luna. Mas no reparé en la inclemencia del tiempo; era más apto, por mi hechura, para soportar el frío que el calor. Pero mis mayores deleites eran las vistas de las flores, las aves y los esplendorosos atavíos del verano; cuando estos me abandonaron, incliné más mi atención hacia los habitantes de la cabaña" (92).

² Cf. Husserl, 2008. En adelante, para citar la obra de Husserl publicada en la edición *Husserliana*, acudo a la abreviatura convencional: "Hua", además del número romano del tomo; v. gr. VI; XXXIX. [Se modifica la puntuación de las referencias citadas con el fin de respetar el criterio de uniformidad editorial del *Acta Mexicana de Fenomenología*].

primigenia de Lebenswelt en tanto espacio vital donde las personas, objetos y situaciones apenas están camino a constituirse en una suerte de «siendo en sí» (Held, 1986: 7). Por otro lado, deseo estimar en qué medida nuestra conciencia lectora del discurso literario (Gerigk, 2016b: 155) recibe sendas instrucciones concernientes a las posibilidades cuasi-juiciales³ de ese mundo-de-la-vida, a tal grado que sólo nos restaría admitir la absoluta certeza de esta forma de transmisión de experiencia estética plena de riqueza significativa y aditamentos cognitivos a la luz de nuestro propio mundo habitable, sobre el cual —además— gestionamos nuestros asuntos y buscamos a toda costa no sólo habituarnos a él, sino lograr prevalecer en él sobrellevando sus imposiciones y desafíos (Husserl, 1976b: 104; 115; 240-241).

Esta diferencia hermenéutica de significación entre el sentido del texto y su potencial significación reclama la certeza aquí requerida, si con Gottfried Gabriel (1914: 57-69) se admite que, una vez signado el pacto ficcional en reconocimiento a las tres reglas de un hablante en actitud asertiva, constituidas por la «sinceridad», el «sustento» y la «asunción de las consecuencias» (Gabriel, 1994: 63), tiene lugar nuestra aprobación como lectores respecto a todo aquello que la literatura tiene que contar del mundo dada su posesión de un determinado reservorio de sabiduría sobre éste. Tal donación de sentido primigenio del mundo que la literatura brinda en calidad de «verdad en la ficción» (Gabriel, 1994: 65) es lo que a mi entender define todo tipo de obra literaria, quizá incluso partiendo del familiar modelo de literatura «clásica» —para ceñirme concretamente a una categoría robusta y así evitar rodeos complejíssimos respecto a otras posibilidades conceptuales de una noción, a la fecha interminable, de «literatura». Con esto de antecedente, me parece que al día de hoy todavía es factible, deseable y oportuno invocar definiciones de literatura que, pese a todo dinamismo «posthumano», todavía remiten al reconocimiento de sendos esbozos de la experiencia humana digna y factible de narración lo más fiel al campo fenomenológico de un concepto de obra literaria pertinente y sustentado, por ejemplo, en la estela ontológico-fenomenológica de alguien fundamental en el tema como Roman Ingarden (1972). En ese orden, parto de la premisa de que una obra es considerada «clásica» cuando, desde su arqueología vital, ésta ha propuesto una versión paradigmática del mundo; una probablemente nunca antes así postulada, donde, adicionalmente, los sintagmas desarrollados por la inventiva autoral son entrecruzados por paradigmas existenciales irrepetibles y, por lo tanto, seminales para la memoria cultural.

Dicho lo anterior, deseo sostener que pese al posible atributo de honor intertextual que un autor clásico realiza en su obra, un texto adquiere este

³ Cf. Husserl, 1948: 409-425; en adelante, para citar esta obra acudo a la abreviación usual "Eu", añadiendo los detalles de los segmentos referidos [Se modifica la puntuación de las referencias citadas con el fin de respetar el criterio de uniformidad editorial del *Acta Mexicana de Fenomenología*]; cf. Ingarden, 1972: 169-183; 229-232.

estatus justo en el momento en el que su presencia ontológica no termina nunca de remitir a un pasado «épico», en el sentido de los fondos y las formas de expresividad literaria, misma que en definitiva no regresará jamás, a reserva de que quien lo intente sea juzgado de manera desfavorable debido a su gesto epígono. Así planteado, con Horst-Jürgen Gerigk (1991) quisiera exponer, en calidad de premisa, que por lo general en la obra literaria tiene lugar fenoménicamente una postulación de «bocetos del mundo» (Weltentwürfe), a partir de los cuales se genera un trascendente «retrato de humanidad» (Menschenbild) siempre inteligible y, por ello, libre de toda dubitabilidad (87). Esto se presenta —a mi juicio— de un modo tan evidente que es posible sostener que lo expresado en la obra literaria constituye invariablemente un mundo ya comprendido, lo cual ayuda a prescindir de buscar afanosamente señales sintomáticas de un mundo reducido a un espejismo empírico con el que se promueve una constelación —según entiendo— ilícita de preguntas erradas a una obra literaria que pretende significar por sí misma un modo especial de trascendencia humana (Gerigk, 2012: 14).

No obstante, resulta complejo negar categóricamente que, en efecto, nuestro asombro sobre la cualidad artística de una obra literaria se constituya en la llamada «recepción estética»; una forma de adquirir, entender y generar significación de experiencias vitales que bien podría entenderse como aquel recibimiento que todo lector realiza en su presente afectivo o habrá de realizar en lo general «desde el futuro» —si se considera aquí como válida la consabida diferencia temporal entre el acto escritural y el lector, propuesta alguna vez de un modo muy influyente por Paul Ricoeur (1970: 181-200). Si esto es acertado, entonces el desafío hermenéutico de todo lector radicaría en advertir esta diferencia noética de verter su actitud ordinaria frente al mundo a los esquemas antropológicos y arqueológicos que una inteligencia autoral ha procurado aislar, acotar y representar en el margen de una propia lógica autónoma de ser y estar en el mundo. Lo anterior implica también la consideración de la diferencia del potencial fenomenológico y semántico del material lingüístico apenas por implementar según el plan poetológico del autor empírico que, desde el punto de vista histórico de todo lector, siempre habrá de escribir desde el «pasado», aunque no sin haber previsto el reconocimiento venidero de los «campos semánticos internos y externos de referencia» vinculados al archivo cultural e idiomático disponibles (Harshaw, 1997: 123-158).

Atender la pregunta respecto al valor cognitivo de la literatura en la estela de la noción husserliana de *Lebenswelt* requiere, empero, definir y delimitar el término epistemológico más relevante tal como lo supone el verbo sustantivado de «el saber» (*know / being aware, Wissen, savoir*), el cual resulta imposible de contextualizar sin el deslinde de sus acompañantes discursivos nada libres de equívocos, como la «creencia» y el «conocimiento». Por otra parte, aunque en este mismo orden de consecuencias teóri-

co-metodológicas, requiero también del desarrollo de un apartado exclusivo para contextualizar el sentido y el beneficio del concepto fenomenológico de *Lebenswelt*. Esto en virtud de su apenas arriba esbozada riqueza conceptual para orientar análisis interpretativos tanto de sectores filosófico-sociales o pragmático-antropológicos del mundo humano como del que se prefigura y multiplica singularmente desde la actividad estética y su enunciación literaria, si delante de toda obra literaria se reconocen esas singulares formas factibles, posibles, lógicamente suficientes y verosímiles para no sólo recrear, sino principalmente donar sentido (*Sinnstiftung* en Husserl) remitente a nuestra experiencia intersubjetiva del mundo.

En esa consecuencia, mi objetivo principal en este artículo radica en exponer que la pregunta formulada de inicio es pertinente, contrario a posibles variantes que pudieran leerse en torno a una averiguación más general, al plantearla como ¿qué del mundo vital cree saber o cree conocer la literatura? Es por ello que he procurado que mi enfoque se adapte a la premisa de indubitabilidad del texto literario, el cual, ya como artificio gobernado por las leyes de creación estética, es —sin duda— fundante de sentido, y que en términos del previamente aludido Gerigk presenta las siguientes cualidades en las que basa su autonomía fenoménica:

- a) El texto literario es por naturaleza una obra finita, dado que, aquello que describe se certifica a sí mismo en obediencia a un pacto ficcional (2016a: 19).
- b) El texto literario no refiere desde la intención comunicativa de un interlocutor real, contrario al autor de un texto científico o periodístico, quien se encuentra infinitamente obligado a demostrar la fuente de su saber (2016a: 19).
- c) El texto literario reúne una configuración del mundo capaz de ser absolutamente comprensible, contrario a un texto jurídico o clínico, el cual apenas debe ser elucidado por las respectivas autoridades hermenéuticas para su correcta recepción en aras de su eficacia pragmática (1989: 222-223).

A estas tres consideraciones, Gerigk añade una triple ejemplaridad adicional, consistente en que en el texto literario acaece el devenir temporal de múltiples o tan sólo de un «sujeto vivencial» (*erlebendes Subjekt*), mientras que para nosotros, lectores, esta conjunción de experiencias narrables se despliega en aras de exponer como *causa finalis* una cierta, arriba anunciada, imagen del ser humano (*Menschenbild*), la cual se ofrece teóricamente para su debate profesional a cargo del lector consciente del desplazamiento del «nivel de realidad» (*Realitätsebene*) que el autor ha propuesto desde un inicio (Gerigk, 1991: 87-88).

Los ejemplos para suscribir estas premisas se revelan en los actos de lectura en los cuales, necesariamente desde una explicación fenomenológica, se visualiza el dominio del tiempo inmanente (no planetario) donde se funda justo ese *Lebenswelt* literario. Sobre el suelo de este mundo del texto, advertimos, además, que nuestra conciencia lectora detecta los arriba mencionados «campos semánticos internos y externos de referencia» (Harshaw, 1997: 123-124) y con ello procede a admitir las leyes arqueológicas inter-

nas, lo mismo que las propuestas antropológicas de toda índole (mundos y escenarios galácticos, históricos, fantásticos, maravillosos, sagas *western*, apocalípticas, distópicas, utópicas, costumbristas, etcétera), que marcan “la lógica compartida implícita en este cambio de nivel de realidad entre ‘ese mundo’ [...] y el nuestro” (Gerigk, 1989: 208-209). De este modo, el sentido del texto literario erige en reclamo de una cierta autonomía ontológica su propio esquema de realidad, según se sostiene también en las teorías semánticas de los mundos posibles (Doležel, 1997: 64-69).

Como un último apunte en el marco de este primer segmento, resulta pertinente subrayar que la tarea de deconstruir un paratexto inquisitivo respecto a qué tanto del mundo vital sabe la literatura implica también reconocer que la pregunta por sí misma no es original y menos novedosa, aunque sí solícita y vigente. Lo anterior puede rastrearse en el registro mínimo básico de los antecedentes que han perseguido esta misma relación consistente entre los bosquejos del mundo y la cognición humana en distintos enfoques, según se puede perseguir cronológicamente, además del referido Gabriel, por ejemplo, en Walter Mignolo (1978), Petra Renneke (2008), Ralf Klausnitzer (2008), Simone Winko (2009) y, de nuevo, Gerigk (2016b).

2. COGNICIÓN Y TEORÍA LITERARIA

El hilo conductor de esta contribución no podría prosperar sin la exposición y el tratamiento de la compleja riqueza del verbo «saber» convertido en sustantivo operativo para la indagación en torno a las capacidades y facultades cognitivas de la literatura para dar cuenta de la adquisición resultante de conocimiento del mundo vital. Respecto a la amplitud semántica del uso cotidiano de «saber», tenemos noticia de Enrique Palancar (2005: 17-54) de que sus raíces etimológicas no explican en primera instancia una indagación semántica exhaustiva, dado que el único verbo similar al nuestro se halla en el protorrománico *scîre*. De hecho, su desarrollo semántico prevalece como un tema atravesado de incertidumbre, al grado de incluso considerarlo toda una «incógnita» (Palancar, 2005: 23). Según Palancar, en apego a Eve Sweetser (1990: 1-18), la cualidad homófona del verbo «saber» con el sentido latino gustativo, *sapere*, en algún momento sufre una “extensión semántica al sentido cognitivo (primero con la significación de ‘entender’), a través de un proceso de índole metafórica que aún nadie ha conseguido entender bien” (Palancar, 2005: 23).

En ese contexto, vale precisar que la etimología de «saber» trascendida a nuestra esfera idiomática ofrece un problemático desarrollo semántico, dado que su homofonía remite a una ambigüedad importante de advertir, excepto «en la primera persona del singular de presente indicativo», o sea, «sé», que implica la facultad cognitiva vs. «sepo», que impera para el sentido del gusto. Frente a esta excepción, se tienen las conjugaciones «sabes», «sepa», «supieron», «sabrán», etcétera, en ambos espectros, es decir, tanto

de cognición como de gusto. Así, el teórico madrileño conjetura que la forma «sé» se comprende como un “reflejo histórico de la forma *sciô*”—, y —“la flexión de primera persona singular de indicativo del verbo *scîre*”—, que se revela como —“única superviviente de este verbo latino, que a la sazón expresaba típicamente el conocimiento objetivo” (Palancar, 2005: 23).

Este diagnóstico inicial me parece afortunado en razón no sólo por la indicación respecto a la posesión de conocimiento de algún modo concreto, sino por sus atribuciones proposicionales a entidades idóneas susceptibles a “condiciones de verdad” (Palancar, 2005: 23). La variante de estas elucidaciones tomadas en préstamo a Palancar (2005) emerge en toda su pertinencia para el tema de la literatura, en especial cuando, conforme a ello, el verbo «saber» refiere “a una acepción, en la que se interpreta que el sujeto del verbo” se sabe poseedor de una certeza (23) cuyas condiciones de veracidad emergen del mero terreno del mundo vital. A más tardar con este, en apariencia tan simple, ejemplo, se puede advertir el objetivo básico de esta averiguación, si además surge la certeza del postulado sobre el «autor implícito» (Booth, 1961: 137), quien, en efecto, siempre «sabe algo del mundo», y tanto su densidad como magnitud están apenas por acontecer en la ejecución del acto de lectura.

Por otro lado, desde un ámbito filosófico, Nicola Abbagnano (2004) recupera «saber» como una amplia facultad cognoscitiva bajo una primera vinculación técnica, es decir, “adecuada para dar información en torno a un objeto, un conjunto de tales técnicas, o también, el conjunto más o menos organizado de sus resultados” (932). Jacobo Muñoz y Julián Velarde (2000), por su parte, destacan que «saber» remite en primera instancia al fundamento del conocimiento (320), lo mismo que al desarrollo de las técnicas que lo demuestran (375), hasta su vinculación especializada al cogito cartesiano, igualmente en tanto principio por sí mismo de la razón (112). Finalmente, para Muñoz y Velarde (2000), el regreso más intuitivo de «saber» culmina en su más simple condición platónica, en el sentido de *doxa* pasada por la reflexión y presunción de certeza (451-453), y que tras consultar esto adicionalmente con Luis Villoro (2008) remite a aquella «opinión verdadera» (ἀληθῆς δόξα) (294-295), tan referida en el *Teeteto* de Platón (Platon, *Teeteto*: 200e). Lo anterior ayuda a contextualizar que el «conocimiento» se adquiere mediante «aprehensiones inmediatas», lo que alude a un registro vivencial o experimental en uno de los sentidos ya apuntados previamente por Palancar (2005: 21). “Aun si usamos conocer en su sentido más débil” —subraya por su parte Villoro (2008)— “referido a un objeto o persona que sólo hemos encontrado una vez, conocer algo no equivale a tener una serie de datos sensoriales o imaginativos, [sino que] supone además integrarlos en la unidad de un objeto” (200). De este modo, en aras de obtener una certeza sobre la adquisición de conocimiento, para el filósofo mexicano se debe “rebasar la simple suma de aprehensiones inmediatas”—, siendo—“menester referirlas a una *x* que se presenta en todas ellas” (Villoro, 2008: 200).

En anticipo a la pregunta respecto a qué tanto sabe la literatura del mundo vital circundante desde el campo de aprehensión e interpretación de una determinada obra literaria, podría añadir que uno «conoce» cosas del mundo, gracias a que en el discurso literario «se saben» los fundamentos de esa significación del mundo posible. Esto sin mencionar que, además, abandonando el impersonal, la literatura sabe exponer y narrar, evocar o representar dramáticamente justo ese saber del mundo y, a decir verdad, desde el plano mismo de la familiaridad contenida en la propia definición fenomenológica de *Lebenswelt*, según lo he bosquejado hasta aquí.

Con esto en mente, no resulta ocioso confrontar la relevancia epistémica de esta clase de «saber» subordinado, al mismo tiempo que sugiero prescindir de la forma habilidosa del «saber + infinitivo», como podría ser «saber + narrar», porque aquí no se juzga la cualidad del estilo de una determinada escritura, sino que seguimos apostados sobre la premisa aportada por Gerigk respecto a la completa legibilidad del texto literario. Para afinar esto, como lo refiere Villoro buscando ejemplaridad en Gilbert Ryle (2000), de las dos versiones epistémicas relevantes de «saber» pensadas en el mismo idioma del británico, la variante ontológica *knowing that* destaca frente a la fenomenológica *knowing how*. De ahí que se requiera a posteriori efectuar la clásica prueba proposicional, sólo que el posible camino de la ficción literaria podría conducir a un enredo silogístico dada la revelación de «falsedad» que en un momento dado pudiera atribuirse a un enunciado literario al cual, sin embargo, como ya lo he subrayado desde Ingarden (1972: 169-183; 229-232) —educado en fenomenología husserliana—, se le atribuyen condiciones de verosimilitud llamadas «cuasi-juiciales» (Husserl, 1948: 409-425).

En beneficio de mis argumentos, resulta pertinente que, al menos desde una corriente estética literaria apostada en teorías de autonomía artística, la fórmula básica del «como sí» (Utzitz, 1922: 470-495) ficcional no se ponga más en duda, contrario a lo que sería aplicar con gravedad una prueba de certeza contra una presunción de falsedad, en el mejor estilo del *Teeteto* arriba citado de Platón (*Teeteto* 200e), o como cuando más adelante en *Menón* la mera opinión no logra certificarse con razones suficientes hasta que no se aporten las pruebas empíricas necesarias (98a)⁴. En vindicación al pacto ficcional al que obliga la lectura literaria, se supone que no se elevan dudas respecto a aquello que la literatura dice saber del mundo en un sentido dotado de *μετά λόγον* en tanto «creencia verdadera por razones», y que por ende se pueda uno desilusionar tras su revelación como mera *δόξα* ausente de una razón verdadera (*ἄλογον*), según lo plantea el propio Villoro (2008: 17). Si se asume que a la literatura «le asiste la razón», considero adecuado enfatizar el sentido de la pregunta detonante en torno a qué tipo de saber es el que emana del enunciado cuasi-juicial del texto literario, si

⁴ Platón, *Menón* 98a, en *Diálogos II*, traducido por J. Calonge, E. Acosta, F. J. Olivieri y J. L. Calvo (Gredos, 2023), 33.

además considero válida la presunción respecto a que la literatura «en verdad sabe tantas cosas del mundo».

Para Simone Winko (2009), quien aborda y desarrolla el núcleo de esta pregunta del modo *Was weiß die Literatur?* (¿qué sabe la literatura?), justo este «saber» (*Wissen*) como fundamento del conocimiento puede plantearse de la siguiente forma: "S sabe, que P, siempre y cuando P sea verdadera como 'P'" (Winko, 2009)⁵. Con esta previsión, quisiera plantear la viabilidad para nunca exponer a un margen de duda aquello que la literatura suscrita por una inteligencia autoral presuntamente sabe del mundo-de-la-vida, contrario a como sí lo haríamos frente a los autores de textos infinitos, aludidos antes por Gerigk (1989: 19), cuya presunción de certeza de aquello que afirman y describen, dada su identidad empírica como periodistas o científicos, queda a merced de «infinitas» demostraciones de certeza. Cabe indicar que Winko es quien, desde su cátedra de teoría de la literatura en la Universidad de Gotinga, me ha inspirado inicialmente para perseguir este enfoque de todo aquello que la literatura no sólo «sabría» relatarnos si pudiese alegorizarse en un hipotético hablante empírico y se tomase como un verdadero sujeto de enunciación, sino que de hecho tiene secuencialmente listo para su apertura, exposición y desarrollo. Esta premisa sobre la cognición literaria del mundo se puede abordar selectivamente en cualquier obra literaria, especialmente en materia de averiguar o dejarse instruir respecto a qué tanto una inteligencia autoral tiene reservado para enseñar(nos) del mundo desde el campo de percepción y los estatutos de apropiación de las vivencias del entorno vitalicio. Lo anterior incluye la recepción de la traducción anímica de las aprehensiones de los personajes vivenciales, siempre arrojados a una situación existencial; atados —encima— al nivel arqueológico de realidad en pos de una gran causa finalis poética, si bien ya diseñada y lista, hermenéuticamente apenas por elucidarse conforme al flujo de la decodificación lectora. Si se personifica a la literatura de cualquiera de nuestros autores favoritos y adjudicamos certeza al enunciado «¿qué tanto sabe del mundo la literatura?», resulta menester acotar todavía algunas previsiones teóricas debido a intentar disipar posibles falacias lógicas y metodológicas.

En un muy conocido gesto de ficcionalidad discreta, todos hemos crecido familiarizados con enunciados tales como «érase una vez...», y entonces la voz literaria no sólo despliega una cadena de sintagmas con presunción de certeza, sino que además, al suscribirse el pacto de complicidad entre el autor implícito (Booth, 1961: 137) y nuestra conciencia lectora, la posesión de noticias y el saber de sucesos se tornan complejos de un modo superior cuando llega el momento en que la voz narradora interfiere con autoridad omnisciente, ahora también «en la conciencia» de los personajes para hacernos saber lo que les conmueve. Por otro lado, también es posible que esta

⁵ Traducción mía.

voz narradora prefiera guardar silencio para dar paso a la vivencia dramatizada. Una vez advertido cómo dicha voz interfiere en el flujo de conciencia de sus personajes, nuestra contraparte receptora de sentido relatado notifica sus vacilaciones, temores, ideas, etcétera, al grado de súbitamente también comenzar a «saber» con conocimiento de causa las diversas formas de vivir y padecer el mundo, e incluso preguntarnos «¿acaso esta podría ser mi situación en algún momento?».

Wolf Schmid ha logrado postular con éxito metodológico los dos modelos básicos de enunciación que fundan un discurso literario básico previo a transformaciones e interferencias cada vez más complejas a nivel cognitivo. Se trata, por una parte, del nivel de enunciación reservado para la expresividad subjetiva de los personajes, llamada *Personentext* (Schmid, 1973:100), mientras que en un segundo estrato de enunciación todo lo aún por relatar y «conocer» bien puede ser inferido o afirmado por el narrador. El teórico alemán nombra este segundo ámbito de enunciación reservado al narrador bajo complicidad del lector *Erzählertext* (Schmid, 1973:100-101), en el cual, además, resulta evidente que los personajes «ignoran» que se está hablando de ellos y que se les delata desde lo más íntimo de sus aprehensiones —por decirlo así—, mientras que uno, como lector, se ve comprometido a un silencio discrecional dado el vínculo confidencial pactado con el autor implícito. Para ofrecer un ejemplo breve: de pronto, acaso, sabemos que un personaje «se asombra de que...», «se entera de que...», «cree advertir que...», lo que nos recuerda a personajes de Franz Kafka como Georg Bendemann, quien en *La condena* «apenas advierte a un amigo que lo saluda desde la calle» a la vez que «se asombra» del aspecto lúgubre de la habitación del padre, tras «notificar» sin remordimiento que «llevaba meses» sin entrar a esa recámara (Kafka, 1991: 26); o el mismo Gregor Samsa en *La metamorfosis*, quien “se encontraba a sí mismo en su cama convertido en una monstruosa alimaña” (Kafka, 1991: 56).

Al respecto, valga regresar con Villoro cuando aborda un par de ejemplos que no dejan también de ser muy destacados. Tal es el siguiente caso de dimensiones teológicas implícitas en la famosa invocación de redención de Jesús el Nazareno suplicando a su padre el perdón de sus martirizadores, según Lucas, en un gesto épico-dramático (Villoro, 2008: 128):

Ὁ δὲ Ἰησοῦς ἔλεγεν, Πάτερ, ἄφες αὐτοῖς· οὐ γὰρ οἶδασιν τί ποιοῦσιν
 Iesus autem dicebat: Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt
 Y Jesús decía: —Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen
 (Lucas, 23: 24).

Dado que «no saben lo que hacen», en esta primera parte de tan breve pasaje, con todo y su intervención dramática (el guion largo es mío), prefigura un nivel de conciencia respecto a un determinado estado de cosas en torno al suplicio de un hombre condenado a muerte. Aquí, la conciencia lectora no sabrá a ciencia cierta, de no ser por los teólogos que practican

la exégesis, a quiénes habría que perdonar: a aquellos que le han llevado al suplicio o a los guardias romanos que le habrán de despojar de sus vestidos, según lo dicta enseguida el Evangelista de este episodio, para luego echar la suerte y ser repartidos entre sí, en apego a la tradición en el oficio de estos verdugos de la justicia romana. Como sea, la conciencia lectora sabe varias cosas, estima situaciones y se sensibiliza frente a un tentativo desenlace funesto.

Así de sencillo puede funcionar esta transmisión de conocimiento del mundo, no sólo sobre la superficie de la descripción, sino desde una semiomnisciencia narradora, que se permite el tránsito entre el *Erzählertext* (Lucas) y el *Personentext* (El Nazareno) con licencia de pacto ficcional y de una muy vaga rendición de cuentas sobre lo ahí narrado, porque al perecer no queda claro quién logró escuchar eso que el conscripto exclamó en una última plegaria, cuyo tema poetológico, en primera instancia, es el bosquejo de una imagen piadosa de humanidad. Desde ese instante, incluso, los captores romanos, por ejemplo, ya recibían una misericordia de un dios ajeno a ellos. ¿Acaso se trata aquí de un tema de trascendencia universal sobre la noción de piedad frente al inmerecido castigo y condena? Esas respuestas no quedan explícitas en el texto de Lucas, el Evangelista, sino que perduran a la postre para su disputa hermenéutica.

De lo expuesto con anterioridad, una persona religiosa leerá este pasaje una y otra vez en modo «infinito», preguntando al discípulo de ese Jesús histórico sobre la trascendencia divina de tal pasaje. En clave literaria y modo centrípeto, ese dramatismo que representa el suplicio inmerecido de un hombre condenado a muerte queda ahí descrito para su completa inteligibilidad, incluso pese al excedente de espacios de indeterminación que Lucas y el resto de los Evangelistas diseminan por doquier en sus relatos. En conclusión, la persona piadosa, que lee el *Nuevo Testamento* como texto infinito, no podrá prescindir del sacerdote-hermeneuta de su confianza para lidiar con la experiencia informativa de ese texto; mientras que por el contrario, a quien mira ese mundo acontecido hace dos mil años a través de un lente literario le basta confiar en su corazonada y actualizar el sentido de una experiencia límite, como la de morir crucificado bajo la paradójica legalidad histórica de los protocolos de una civilización avanzada escritural y jurídicamente, como la romana en conflicto con la igualmente letrada tradición israelí.

A partir de aquí, se podría evocar un sinnúmero de ejemplos destacados respecto a este doble juego intertextual que emerge del procedimiento de asumir que la literatura (y el texto religioso) sabe cosas y sabe de personas y sus vicisitudes, mientras que al interior del *Personentext*, los mismos personajes evocan e invocan sus estados mentales de cognición y reconocimiento desde el estatuto: «S sabe que P»; es decir, «Jesús sabe y cuestiona, que su padre lo ha abandonado, y que sus captores ignoran el origen y la consecuencia de sus actos»; y todo ocurre desde otro nivel «abismal» del relato,

porque de todo ello quien da fe es un narrador extradiegético, tenido por santo, a quien nadie podrá jamás echarle en falta —salvo muy influyentes teólogos protestantes, pienso quizá en Rudolf Bultmann (1952: 128-137) y sus comentaristas más célebres⁶— que su texto deba ser confrontado con los hechos, como sí se le exige a un historiador, que redacta textos infinitos. Me parece que aquí emerge un estado de cosas cognitivo que además se puede complicar si se contextualiza la dimensión de la «creencia», del modo «S¹ (Lucas) cree saber que S² (Jesús) sabe que P (los guardias romanos) no saben lo que hacen...».

3. EL MUNDO LITERARIO EN TANTO *LEBENSWELT*

Sobre el significado del *Lebenswelt* fenomenológico respecto a qué del mundo sabe la literatura, valga detenerse en las siguientes precisiones. Como lo he anticipado, en la fenomenología trascendental de Husserl se reclama la validez del significado de mundo vital en tanto correlato del entorno humano teóricamente desprejuiciado, lo que permite establecer una afortunada analogía que pone en reflejo de similitud justo ese *Lebenswelt* y el espacio escénico literario edificado por la inteligencia autoral. Lo anterior bajo la intención poetológica de ubicar ahí toda la constelación vital colmada de ciertos sentidos ontológicamente posibles, semióticamente codificados y puestos en tensión en aras de edificar una determinada imagen del mundo y del hombre que lo habita, desafía, anhela en el horizonte; persiste sobre él o parece sobre su suelo, sin excluir para nada el aspecto posthumano y eco-planetario.

En dicho marco, y en relación con el génesis del concepto de *Lebenswelt*, quisiera recordar que Husserl intenta inicialmente superar aquel esquema de la epistemología elemental presente desde Parménides y Platón, en el cual la contraposición entre la «inferior» interpretación del mundo por la vía de las creencias u opiniones «ingenuas» (δόξα) y la rígida rectificación de la prueba tangible (ἐπιστήμη), de la que germina remotamente el pensamiento científico, terminaba por desfigurar las exigencias cada vez más complejas de nuestra vida razonablemente práctica y, por lo tanto, fenoménicamente intuitiva (Husserl, 1976a: 359). Esta correlación de fuerzas superiores de la naturaleza frente al matiz de su realidad que impone nuestra afectividad subjetiva sobre el mundo se remonta —sin embargo y como ya los términos griegos lo avisan— tanto a la era presocrática como a la postplatónica, o sea, desde Anaximandro y Heráclito hasta Aristóteles. Pero también la vivencia de la naturaleza, que remite a una forma especial de experiencia vital con sello en una antropología racional humana, ha surtido el hilo conductor en este génesis fenomenológico del *Lebenswelt*, sobre todo como se recupera de los análisis de la «experiencia de la naturaleza» (*Natur-Erfahrung*) en la estética trascendental de Immanuel Kant, derivada a su vez

⁶ Cf. Paul Ricœur, 2003: 343-60 y Gadamer, 1993: 121; 2010: 121-122.

del concepto racionalista de *Umwelt* (entorno mundano) que alude a una idea de la naturaleza en tanto *natura formaliter spectata*, es decir, una forma constituida de la naturaleza según la cual “algo arriba al ser y se instala en ello” (Held, 2012: 15).

Al interior de estas vías de análisis, con énfasis en las propuestas naturalistas desde los griegos a Kant, el concepto propio de *Lebenswelt* es evocado lexicográficamente de modos distintos al tardío sustantivo alemán compuesto por sus dos elementos léxico-semánticos que, en su unión pragmática y morfológica, deviene en la correlación entre la vida corpórea (*leibliches Leben*) y el propio suelo del mundo (*Welt*) previamente existente que lo recibe y le brinda habitación (Held, 2012: 12). Entre tanto, con Husserl y la destrascendentalización del *Lebenswelt*, llevada a efecto por alguien como Alfred Schütz (Butnaru, 2012: 229), se puede afirmar que el desarrollo de un bosquejo de una ciencia vital sobre la base de la intuición precientífica y preteórica del mundo visualiza como un objetivo prioritario recuperar la crisis de humanidad que el esmero discursivo de las ciencias naturales y exactas ha provocado, y cuya influencia, por lo tanto, ha oscurecido las reflexiones filosóficas tras los juicios en su contra respecto a su aparente escasez de objetividad. De ahí que, con la propuesta de un mundo-de-la-vida como suelo y principio de la habitación del ser humano colmado de experiencias afectivas y simbólicas, resulte un gran aliento para la reunión reflexiva de todas las formas posibles de nuestras experiencias intersubjetivas (Eden, 2004: 328) (Husserl, 1976a: 136), de las cuales —insisto— la literatura ocupa un sitio privilegiado.

Con Marcela Venebra (2019), es factible sostener, además, que justo “la definición de la naturaleza es una tarea fundamental de la fenomenología trascendental porque la naturaleza, como el ámbito inmediato de nuestra vida” —, se torna como uno de los campos más fructíferos— “de trabajo de la fenomenología” (120-143). Con ello puesto como sustento, la noción aquí aludida de *Lebenswelt* funge como analogía semiótica del suelo (*Boden*) y fundamento (*Untergrund*) de toda nuestra autoestima planetaria, así como de nuestros alientos afectivos, desempeños y esfuerzos cognitivos (Husserl, 1976a: 127; 158), mismos que en el texto literario se manifiestan en perfección ontológica de un modo muy similar a lo expuesto por Husserl a la luz de *Ideas I* (Husserl, 1976b: 103-107).

Respecto al término de «autoestima» en Husserl, la pasividad en la que se instala este ser y entenderse con el mundo cobra una importancia significativa para nombrar una de las características más provechosas a la postre del concepto de *Lebenswelt*, según el cual aporta elementos cognitivos para la comprensión de justo esa gestación de conocimiento interpretativo de uno mismo atado al mundo a partir del trato precientífico que mantenemos con éste en una suerte de «universo de autoestimas predadas» (*vorgegebene Selbstverständlichkeiten*) (Husserl, 1976a: 127; 183). En esa interacción mundo-vital (*lebensweltlich*) las cosas que nos ocupan, determinan, inspiran

o angustian ya se encuentran ahí mismo delante de nosotros, como el lenguaje, antes que la poesía, o como la sensación de melancolía, que se ha instalado ahí antes de la llegada del glosario psicoanalítico que pretende definirla para resignificarla con el objetivo de sanar la pena que obra sobre el origen de ese sentimiento complejo; pero que a la vez poetas, pintores, escultores y músicos nos la narran, representan, evocan, exponen, platican, sonorizan y musicalizan a tal grado que —a menudo— sólo así logramos su trascendencia vital.

Con este sustento teórico, quiero asumir también que el mundo vital, así expuesto como un espacio vivencial, se presta adecuadamente en los estudios literarios para ser analizado como «un lugar observable y narrable» (Argüelles, 2021: 66-90), y si bien su distinción clave radica en su ausencia de prejuicios disciplinares, por el contrario me parece que es habitado por los personajes literarios en despliegue de todos sus prejuicios particulares, todos ellos actuando bajo la tutela de un autor-arqueólogo, quien ya ha tomado el lugar de una, como se dice en el lenguaje técnico de la fenomenología, “subjetividad trascendental constituyente de mundo predonado (*vorgegebene Welt konstituierende transzendente Subjektivität*)” (Husserl, 1948: 49). Ello resulta plausible gracias a la relación que guarda el caudal espacio-temporal libre de definiciones científicas, propio a esta definición del *Lebenswelt* husserliano (Husserl, 1976a) con el torrente ficticio-literario constituyente de sentido mundo-vitalicio, lo que en teoría literaria equivaldría al posterior desafío profesional de reconocer y analizar las inmanentes redes semánticas y «analógico-transreferenciales» instituidas en todo texto, en especial en el literario (Albaladejo, 2019: 83).

Por otro lado, quisiera advertir que la definición husserliana de mundo vital no se presta así tan fácilmente para aventurar simplificaciones pragmáticas con el afán de crear falsos o endebles postulados de moda. Para sustentar esto, Manfred Sommer (1984: IX-XLIII) advierte que para adoptar adecuadamente el término de *Lebenswelt*, resulta imperativo ubicar las condiciones epistemológicas de su gestación temprana acorde a la instauración de la fenomenología trascendental en la cual se privilegia el análisis de la conciencia trascendental constituyente de mundo vital y afectivo y, en ese énfasis, se trata de la constitución también de todo sentido (Sommer, 1984: XV). Con ello puesto de relieve, la previamente aludida filósofa mexicana Marcela Venebra (2019) puede asistirme aquí para fincar una doble certeza:

La fenomenología describe, sobre todo, la naturalidad de la experiencia en la que se fundan las ciencias del mundo, por lo que la cabal comprensión de lo que la naturalidad significa, y su estatuto respecto del concepto científico de naturaleza (el que prefigura el naturalismo), implica una comprensión más clara de la fenomenología trascendental, es decir, de la idea Husserliana de filosofía (121).

Llegado a este lugar, considero procedente contextualizar una referencia anterior por medio de la cual había establecido la analogía entre esa

“conciencia trascendental mundano-constituyente” (Husserl, 1948: 49) y la conciencia literaria autoral igualmente fundadora de sentido. Para el caso de la hermenéutica literaria, se trata entonces de una bipartición de esa conciencia fenomenológica capaz de instituir mundo posible en el texto, en calidad de inteligencia autoral, pero en su contraparte también en su arribo como conciencia lectora, sólo que mientras la inteligencia autoral asume una condición ontológica creativa, en el acto de lectura nuestra conciencia queda subordinada a la pasividad que obliga la finitud del texto aprehendido. En consecuencia, puedo postular que cada uno, en calidad de lector de literatura, difícilmente se desliga de sus momentos vivenciales, sin embargo, ello no obstaculiza que el texto apercebido promueva un franco acceso a una así por Ingarden profundamente analizada «experiencia estética de lectura», en la que se notifica con toda evidencia que la obra literaria logró trascendentalizar cualquier rasgo de indexación realista al instante de promover una cierta resistencia semántica a ser reducida a una mera simulación expresiva psicológica, detrás de cuyo código acaso se esconde una intención comunicativa del autor en tanto persona empírica. En consecuencia, resulta factible acertar que «la esfera vital literaria» debe “entenderse no como una suerte de mostración reflectiva de un mundo objetivo, sino como un vehículo de presentificación de esa tensión trascendental de la vida misma”—, y que en el sentido literario evidentemente al compás del avance de la lectura se encuentra—“siempre a punto de acontecer” (Argüelles, 2021: 80).

Con esto puesto de relieve, me parece poder postular que el texto finito literario, hermenéuticamente centrípeto, si bien afecta vivencialmente a nuestra conciencia significante de sentido, al menos durante una lectura «en silencio» detona y estimula nuestras facultades antepredicativas (en código husserliano) para asir el mundo. Con ello además promueve “la expulsión corpórea de la conciencia” de cara a la elucidación intersubjetiva de esa correlación intencional *res cogitans* – *res extensa*, para lo cual me remito de nuevo a la autoridad de Sommer, quien me aporta esta referencia (Sommer, 1984: XV).

4. CONCLUSIONES

Las bases fenomenológicas y poetológicas, entre Husserl, Ingarden y Gerigk, me brindan el respaldo requerido para modificar la pregunta inicial y estar en condiciones de formular ¿qué tanto del *Lebenswelt* sabe la literatura?, si además se puede recordar aquí brevemente que por mundo vital se comprende en grandes términos la noción elemental del entorno planetario en un estatuto anterior al arribo de la categorialidad disciplinar, por ejemplo, de las ciencias sociales, que necesariamente lo colma de predicados y definiciones a posteriori. En ese orden, resulta factible averiguar inicialmente la forma cualitativa del desempeño estético de la literatura, si se le plantea, asimismo, como un lugar de enunciación también nombrado

«discurso literario», detrás del cual se asume la implicación de un sujeto de enunciación que expone, describe y nombra personas, cosas y estados de cosas, a la vez que invoca un reservorio universal óptico del planeta o, en su defecto, de algún modo imaginado, pero que —como sea— de no ser por la organización del discurso literario, probablemente quedarían por siempre negados a nuestra cognición.

Con estas premisas puestas de relieve, se puede estimar analíticamente la cualidad significativa de nuestra conciencia lectora tras la recepción cognitiva de semejantes formas e instrucciones exactas por medio de las cuales nuestro *Lebenswelt* se reconfigura en el texto literario; aunque también tales indicaciones y representaciones del mundo pueden resultar incompletas o simplemente ser evocadas por escorzos, quedar meramente sugeridas o insinuadas; todo ello dada la riqueza significativa de las posibilidades cuasi-juiciales de ese mundo-de-la-vida, así y sólo así expuesto por una inteligencia autoral, a tal grado que sólo restaría reconocer y asentir, acaso con gratitud, esta forma *sui generis* de transmisión de experiencia estética y existencial plena de riqueza significativa frente al propio mundo habitable.

32

Con lo anterior así formulado, puedo defender finalmente que todos los análisis hermenéuticos de constitución de sentido, como lo dicta la fenomenología husserliana, conducen igualmente a la explicación de las formas y dimensiones mediante las cuales a nuestra conciencia lectora se le aparece el mundo del texto literario (Argüelles, 2021: 71). Si se me aprecia esto como cierto y contundente, entonces puedo asegurar que la literatura justo eso logra tras su inusitada forma para desplegar mundos de experiencia vital y existencia temporal en obediencia a un plan poetológico suscrito por una inteligencia creadora, y justo a descubrir y analizar esta donación de sentido primigenio, en términos fenomenológicos, nos dedicamos ampliamente y con frecuencia en la investigación y docencia de la literatura, todo esto sin descartar el placer de la lectura de cada quien.

En última instancia, puedo suscribir que frente a ese mundo vital bosquejado por la literatura, nuestra conciencia constituyente de mundo en tanto sentido donado reacciona y se ajusta a esa prefiguración de un mundo así interpretado desde una primera lectura dictaminada de forma hermenéutica, o sea, desde la aceptación de esa subyacente correlación entre una determinada forma de expresividad existencial relativa al tiempo y la gestación de conciencia sobre la temporalidad de la vigencia, obsolescencia y/o trascendencia fijada en el texto de ese ensayo privilegiado de lo humano, incluyendo —¿por qué no?— toda esa mirada clásica y por ello imperecedera, como Mary W. Shelley en su *Frankenstein*, a lo trans y posthumano.

REFERENCIAS

- ABBAGNANO, Nicola (2004), "Saber", en *Diccionario de filosofía*, trad. José Esteban Calderón, et al., México, FCE.
- ALBALADEJO, Tomás (2019), "Analogía, símil y metáfora en un poema de José Saramago", *Actio Nova. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, Monográfico 3: 81-98.
- ARGÜELLES FERNÁNDEZ, Gerardo (2021), "Sobre el arribo del concepto del mundo-de-la-vida (Lebenswelt) a los estudios literarios", *Open Insight* 25: 66-90.
- BIBLIA, Santa (2014), Antiguo y Nuevo Testamento (Ed. Reina Valera, 1960), Biblias Holman.
- BIBLIA, Santa (1910), *Novum Testamentum (graece et latine)*, Eberhard Nestle (ed.), PWB.
- BOOTH, Wayne C. (1961), *The Rhetoric of Fiction*, Chicago, University of Chicago Press.
- BULTMANN, Rudolf (1952), "Zum Problem der Entmythologisierung [Kerygma und Mythos, VI, 1, 1963 S. 19-27]", en Paul Siebeck (ed.), *Glauben und Verstehen: Gesammelte Aufsätze* 4, Tübingen, J.C.B. Mohr.
- BUTNARU, Denisa (2012), "Den 'Interpretanten' interpretieren – eine Peirce'sche Herausforderung für Schütz' Zeichentheorie", en *Lebenswelt und Lebensform. Zum Verhältnis von Phänomenologie und Pragmatismus*, Joachim Renn, Gerd Sebald y Jan Weyand (eds.), Weilerswist, Velbrück Wissenschaft.
- DOLEŽEL, Lubomír (1997), "Mimesis y mundos posibles", en Miguel Ángel Garrido Gallardo (comp.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco Libros.
- EDEN, Tania (2004), "Lebenswelt", en *Wörterbuch der phänomenologischen Begriffe*, Helmuth Vetter (ed.), Hamburg, Felix Meiner.
- FUCHS, Thomas (2015), "Vertrautheit und Vertrauen als Grundlagen der Lebenswelt", *Phänomenologische Forschungen*, 101–117.
- GABRIEL, Gottfried (1994), "Sobre el significado en la literatura y el valor cognitivo de la ficción", en *Figuras del logos- Entre la filosofía y la literatura*, M. Teresa López de la Vieja (ed.), México, FCE.
- GADAMER, Hans-Georg (2010), "Sobre la problemática de la autocomprensión. Una contribución hermenéutica al tema de la 'desmitologización'", en *Verdad y método* II, 8.ª ed., trad. Manuel Olasagasti, Madrid, Ediciones Sígueme.
- GADAMER, Hans-Georg (1993), "Zur Problematik des Selbstverständnisses", en *Hermeneutik* II, Tübingen, J.C.B. Mohr.
- GERIGK, Horst-Jürgen (2016a), "Ciencia literaria. ¿Qué es eso?", *Semiosis* 24: 9-43.
- GERIGK, Horst-Jürgen (2016b), *Lesendes Bewusstsein. Untersuchungen zur philosophischen Grundlage der Literaturwissenschaft*, Berlin, De Gruyter.
- GERIGK, Horst-Jürgen (2012), *Dichterprofile: Tolstoj, Gottfried Benn, Nabokov*, Heidelberg; Universitätsverlag Winter.
- GERIGK, Horst-Jürgen (1991), *Die Sache der Dichtung. Dargestellt an Shakespeares Hamlet, Hölderlins Abendphantasie und Dostojewskijs, Schuld und Sühne*, Pressler.
- GERIGK, Horst-Jürgen (1989), *Unterwegs zur Interpretation. Hinweise zu einer Theorie der Literatur in Auseinandersetzung mit Gadammers "Wahrheit und Methode"*, Pressler.
- HARSHAW, Benjamin (1997), "Ficcionalidad y campos de referencia", en *Teorías de la ficción literaria*, comp. M. Á. Garrido, Madrid, Arco Libros.

- HELD, Klaus (2012), *Phänomenologie der natürlichen Lebenswelt*, Frankfurt, Peter Lang.
- HELD, Klaus (ed.) (1986), *Edmund Husserl: Phänomenologie der Lebenswelt. Ausgewählte Texte II*, Stuttgart, Philipp Reclam Jun.
- HUSSERL, Edmund (2008), *Die Lebenswelt: Auslegungen der vorgegebenen Welt und ihrer Konstitution*, Rochus Sowa (ed.), Hua. XXXIX, Dordrecht, Springer.
- HUSSERL, Edmund (1976a), *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie. Eine Einleitung in die phänomenologische Philosophie*, ed. Walter Biemel, Hua. VI, Den Haag, Martinus Nijhoff.
- HUSSERL, Edmund (1976b), *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie. Erstes Buch*, Karl Schuhmann (ed.), Hua. III/1, La Haya, Martinus Nijhoff.
- HUSSERL, Edmund (1948), *Erfahrung und Urteil. Untersuchungen zur Genealogie der Logik*, ed. Ludwig Landgrebe, Hamburg, Claassen & Goverts.
- INGARDEN, Roman (1972), *Das literarische Kunstwerk. Mit einem Anhang: Von den Funktionen der Sprache im Theaterschauspiel [11931; 31965]*, Tübingen, Niemeyer.
- KAFKA, Franz (1991), *Sämtliche Erzählungen*, Paul Raabe (ed.), Frankfurt, Fischer.
- KLAUSNITZER, Ralf (2008), *Literatur und Wissen. Zugänge – Modelle – Analysen*, Berlin, De Gruyter.
- MIGNOLO, Walter (1978), *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona, Crítica.
- MUÑOZ, Jacobo y VELARDE, Julián (2000), *Compendio de epistemología*, Madrid, Trotta.
- NESTLE, Eberhard (1910), *Novum Testamentum*, Stuttgart, PWB.
- PALANCAR, Enrique (2005), "Los verbos saber y conocer en español", en *Dimensiones del aspecto en español*, Margaret Lubbers y Ricardo Maldonado, México, Universidad Autónoma de Querétaro / UNAM.
- PLATÓN (2024), *Diálogos V (Parménides, Teeteto, Sofista, Político)*, trad. Ma Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero; Madrid, Gredos.
- (2023), *Diálogos II (Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Cratilo)*, trad. Julio Calonge, Eduardo Acosta Méndez, Francisco J. Olivieri y José Luis Calvo; Madrid, Gredos.
- RENNEKE, Petra (2008), *Poesie und Wissen. Poetologie des Wissens der Moderne*, Heidelberg, Winter.
- RICŒUR, Paul (2003), "Prefacio a Bultmann", en *El conflicto de las interpretaciones I*, trad. Alejandrina Falcón y Pablo Corona, México, FCE.
- RICŒUR, Paul (1970), "Qu'est-ce qu'un texte?", en *Hermeneutik und Dialektik II*, ed. Rüdiger Bubner, Konrad Cramer y Reiner Wiehl, J.C.B. Mohr.
- RYLE, Gilbert (2000), *The Concept of Mind [1949]*, int. Daniel E. Dennett, London, Penguin.
- SCHMID, Wolf (1973), "Die Interferenz von Erzählertext und Personentext als Faktor ästhetischer Wirksamkeit in Dostojewskijs Doppelgänger", *Russian Literature* 4: 100–113.
- SCHÜTZ, Alfred y LUCKMANN, Thomas (2017), *Strukturen der Lebenswelt*, 3.a ed., UTB-UVK.
- SHELLEY, Mary W., *Frankenstein The 1818 Text. Contexts, Criticism*. 2.^a ed., J. Paul Hunter (ed.), Norton.
- SOMMER, Manfred (1984), "Einleitung: Husserls Göttinger Lebenswelt", en *Edmund Husserl, Die Konstitution der geistigen Welt*, Manfred Sommer (ed.), Hua. IV, Hamburg, Felix Meiner.

¿QUÉ TANTO SABE LA LITERATURA DEL MUNDO VITAL?

- SWEETSER, Eve (1990), *From Etymology to Pragmatics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- UTITZ, Emil (1922), "Zur 'Als-Ob-Theorie' in der Kunstphilosophie", *Kant-Studien* 28: 470–495.
- VENEBRA, Marcela (2019), "Naturaleza y naturalidad de la experiencia. Crítica y fundamentación fenomenológica del conocimiento científico", *Tópicos. Revista de Filosofía* 56: 120–143.
- VILLORO, Luis (2008), *Crear, saber, conocer*, 18.^{va} ed, México, FCE.
- WINKO, Simone (2009), "Was weiß die Literatur?", conferencia, Universität Göttingen, 11 de junio, <https://www.youtube.com/watch?v=PpXPbVFOPq0>